

Pajarito Velarde: un mito de carne y hueso

por Raúl Aráoz Anzoátegui

Pajarito Velarde fue como era. Un hombre corriente pero Imbuido por una ética prolija. Y esta última condición de su carácter tal vez sea la causa paradójica para que se haya propagado, de sí, un mito que distorsiona con frecuencia la imagen verdadera. Nada de muy distinto sucedía en su existencia de salteño cordial, imperturbable espectador de la vida provinciana. Tenía además inquietudes espirituales que se volcaban generosamente e inclusive cierta sensibilidad para el arte. Ningún acontecimiento le dejaba indiferente. No obstante esa ética de que hablé al principio. manifiesta en la forma de sus relaciones humanas, fue la que le dio un lugar que él con particular modestia nunca buscó para su halago.

Dicen que su casa era un museo, cosa que no pretendió fundar ni fomentar. Sólo recogió allí algunos objetos por lo general antiguos o viejos. Vino lo demás por su preferencia a conservar recuerdos de índole diversa que las gentes fueron allegándole por lo común en testimonio de aquella amistad que infundían sus gestos siempre afables: un sombrero por ejemplo que había pertenecido a Gardel; una selección discográfica muy completa de música ciudadana en placas de pasta; un curioso yerbero hecho con los testículos de un toro unidos por la verga del animal a modo de asa; "El barco de papel", romance primigenio de Castilla ilustrado por José Casto y entusiastamente recibido en su época por el Ucururo Villegas; y sobre todo fotografías y dedicatorias estampadas en sus álbumes de visitantes ilustres o no, que fueron pasando a través de los años por Pueyrredón 106.

Esta casa tenía-y tiene hasta el momento- una sola planta que servía de vivienda a su dueño. Se accede como muchos sabemos a un patio que da al baño y al lavadero frente a la puerta de entrada y a su

derecha, a un amplio ambiente de recibo con balcón enrejado y ventana a la calle. En esta misma habitación. adosado en martillo, está el dormitorio casi cubierto por una hermosa cama de madera tallada.

A los años se recibió en el lugar -ya denominado como museo- a los miembros de una delegación mexicana llegada para uno de los festivales latinoamericanos de folklore. Visible y explícita fue la sorpresa de estas personas ante lo que ellos habían imaginado al anticipárseles dicha visita. Desde luego que esa sensación debió producirse en contraste con aquellos museos tan bien organizados como los existentes en su país. principalmente el de Antropología en su Distrito Federal, donde en visión fascinante desfilan las distintas culturas y edades para detenerse en los grupos aborígenes de la nación entera, con usos y costumbres proyectados aun a nuestros días.

Cuanto más legitimo hubiese sido en esa ocasión (y en las diversas que se siguen eslabonando) enseñar la verdadera cara de ese mito. Porque toda mitología arranca de una base verdadera o de una imaginaria pero convincente realidad. No de una pista falsa de la que surge otra más equívoca todavía, lo que aconteció al interesarse los integrantes de la mencionada delegación en conocer al menos el curriculum de aquel "señor Velarde Mors" por cuyo nombre se designaba a un sitio que, a falta de las mínimas condiciones del caso, se debía sustentar en el plano elegido mediante la trayectoria de un personaje que descollara en alguna de las disciplinas que se intentaban resaltar. Y lo que encaja a la perfección en el cenáculo a veces expansivo, a veces recoleto, de una casa que se parecía al propio anfitrión y Pajarito lo representaba en grado sumo, es una pena que no sea aprovechado tal cual era. La referencia borgiana sobre la necesidad de decir las cosas por su nombre en un mundo en que se abusa de los eufemismos para expresar el mismo asunto, resulta aplicable para

éstas y otras cuestiones. Con qué reiteración se quiere enfatizar con palabras el hecho puro, como si la grandilocuencia bastase para suplir la escasez o le agregara significados al término preciso. Una forma de inflación con la que hasta los economistas contemporáneos se han acostumbrado a convivir.

Pajarito Velarde fue un peculiarísimo protagonista de una aldea que vio crecer parsimoniosa y, a la vez, el modelo de gran parte de esos coterráneos sin prisa cuya aspiración era vivir bien, sin que para ello sea necesario enriquecerse en pocos meses o entrar a codazos entre la multitud. Rememoro aquellos trascendidos de cuando recién yo asomaba a mi relación con los mayores, y a mis oídos llegaban como un cuchicheo los pequeños sucedidos cotidianos en un medio menos preocupado por las noticias de afuera. Cuando el Mono Arana, desde su desvencijado escritorio de El Intransigente captaba en un radiorreceptor que por poco no era de galena, y entre descargas que alejaban la onda de las emisoras porteñas, la actualidad al instante: ni los teletipos funcionaban entonces ni las agencias informativas irrumpían en las redacciones de los diarios. Una de esas mañanas los cafés y los hogares se llenaron con las quejas de vecinos por la ceremonia celebrada la noche anterior donde, para engalanar la casa de Pajarito. se había inaugurado un farol colonial en la esquina de Pueyrredón y España, en cuyo acto el Negro Patrón Uriburu metido en una severa sotana ofició de sacerdote para bendecir el tradicional artefacto. También se contaban otras historias en voz baja como aquella de un desengaño amoroso al regresar de un viaje el dueño del cotorro, episodio patentizado por un tango del Mono Paterson con letra de Julio Díaz Villalba. Mas el sortilegio de ese casi prohibido refugio -más de traviesos que de desprejuiciados circunstantes-, fue cambiando de óptica para el entorno provinciano. Y no es que ese grupo de amigos que de vez en cuando mostraban su expansiva alegría hubiese variado sus actitudes con las que se escandalizaba cierta

pacatería. Más bien era la sociedad la que se transformaba dejando de lado muchos prejuicios, para comprender la distancia entre aquellas maneras del buen humor y algo que transgrediese las normas de una ética que nunca se vio comprometida. Así al llegar a Salta los actores de una película que marcó un hito en el cine nacional y se llamó "La guerra gaucha", la casa de Pajarito se convirtió en el núcleo de numerosas veladas. que después de arduas horas de filmación suponían un compás de descanso y de sabrosísimos comentarios. Estaban allí Lucas Demare, Francisco Petrone, Sebastián Chiola, Angelito Magaña, y con no tanta asiduidad don Enrique Muíño que paraba con su mujer en el viejo Hotel Plaza. Precisamente a Magaña me lo había presentado en una temporada en que fijé mi residencia en Buenos Aires el Gordo Costa, mi ex condiscípulo del Colegio Nacional en su edificio de la 20 de Febrero, habiéndole dado yo en la oportunidad unas líneas para el vate Díaz Villalba al decirme de la empresa que tenían entre manos y pronto emprenderían. De la permanencia en estas tierras de aquellos actores hay fehacientes constancias gráficas y escritas en los archivos de Pajarito Velarde.

Pero como para que no pudiera pensarse que no era a la par un lugar de trabajo en horas más o menos diurnas. bajo ese techo halló cobijo durante un breve lapso una institución bastante benemérita que ocupó un espacio importante en nuestro medio culto: Amigos del Arte. No existían entonces direcciones de cultura rentadas ni fundaciones empresarias, y sólo quedaba poner los pulmones. Esa agrupación se mantenía en sus épocas más gloriosas (las de José Hernán Figueroa Aráoz) habiendo contado con un galpón de chapas en pleno centro, instalado en el patio chico del Cabildo Histórico. No obstante al ser recuperado éste por el patrimonio del Estado para su restauración en tiempos de don Ricardo Levene, los escribas y plásticos y músicos se quedaron a la intemperie. En la emergencia tomaron

las riendas Luisito D'Jallad y el mismo Pajarito, sus últimos secretario y presidente en ese orden. En un esfuerzo complicado y heroico, trataron de prolongar su supervivencia al calor de esta sede provisoria que acaso les servía para tramitar algunos inciertos planes que alargaran esa agónica acción de rescate, mientras los muebles del desalojo iban a parar a una escuela o cualquier otro local. Aunque ya también con anterioridad, esporádicas reuniones artísticas y pseudo-artísticas se venían realizando allí: me acuerdo de un encuentro con Fernando Ochoa que había llegado a Salta en gira por el interior, acompañado de vehículos en que a ratos cargaba con sus caballos y otros en que le procuraban un reparador reposo. Desde luego que aquella noche el actor y sobre todo recitador de versos acriollados no ocultaba su desagrado por el hecho que a su arribo, en vez de un pelotón de gauchos, hubiese salido al paso de su entrada ecuestre a la ciudad tan sólo una caravana de ciclistas. Quise en la ocasión leerle a Ochoa algún poema del reciente "Luna muerta" de Manuel Castilla (ausente del ágape) y a la tercera o cuarta línea me atajó: "Esa poesía -fue su acotación- es demasiado barroca". Dicho título que se presentaba en su primera edición ilustrada por Carybé en setiembre de 1943 es sin duda el escorzo de esa realidad vislumbrada por el autor -que luego ahondaría en su lírica futura- y contiene composiciones de tanta simplicidad como la Balada del mataco Inocencio o Juan del aserradero, ejemplares textos que desbrozarían una ancha senda primordialmente en las letras de proyección folklórica. Era explicable que para un recitador y versificador de su laya, tal tesitura resultara extraña o sea diferente a los cánones usuales. En lo de Pajarito Velarde cabían como vemos los tonos más diversos. Porque el encanto de sus veladas estaba en plano destacado por la presencia de su figura dispuesta a la cordialidad y al buen trato. No era un selectivo -ya lo señalé- en lo que a sus gustos estéticos se refería, sino la personificación

de alguien que congeniaba en todos los ambientes y todos los ambientes congeniaban con él. Con qué mesura e innata comprensión sorteaba las circunstancias más difíciles con sus intervenciones no muy abundosas pero por lo general oportunas. Pocos como Pajarito prestaron su casa y su corazón para esa especie de plataforma de lanzamiento que necesitaron aquellos que comenzaban a insinuar sus vocaciones.

Una prueba de ello pueden darla Los Fronterizos, cuarteto que después de Los Chalchaleros invadió con su canto popular escenarios más amplios y conquistó prestigio. Además su generosidad se entregaba al extremo de que, si era preciso reforzar la animación de un asado en que nada tenía que ver, uno podía allegarse a su casa a horas intempestivas en busca de algún grupo de músicos que seguro sorprendería en pleno ensayo. A partir de ahí se trasladaría con todo el clan a la inesperada fiesta como si él mismo hubiera participado en su organización sin importarle más protagonismo que el de sumar su colaboración. Por el sesgo que abrieron los iniciadores de esta modalidad. continuaron llegando nuevas agrupaciones. Al punto de que en su deseo de ofrecerse sin otra medida que la de sus buenísimas intenciones, en un raptó de optimismo le escuché afirmar "Ahora tengo un conjunto todavía mejor que Los Fronterizos" - No existía ningún obstáculo para que tal parámetro formase parte de sus sueños y, aparte, su otrora prole musicante desprendida ya de su órbita, se bastaba sola de la mano de Dios por caminos diferentes.

Otras noches en lo de Pajarito se oían sonidos distintos. Aguardaba con igual sentido de hospitalidad a sus contertulios. Listo cada vez para servirles su cóctel de frutillas con champán y demás yerbas de su cosecha, alcanzando copa por copa sin ninguna afectación como recibía a diario a sus amigos de confianza, sin alharacas. En alguna de esas vueltas pasó el eminente sabio don Bernardo Houssay con su señora -con los laureles frescos de

su Nobel- y le dejó manuscrito su fraternal y espontáneo mensaje: uno de los trofeos atesorados con especial esmero Cuando apareció en su primer viaje por estas latitudes Jorge Luis Borges, acompañando su ya casi total ceguera física con María Esther Vázquez, sostuvimos una extensa tenida en lo de Pajarito que gozaba de ese momento, envuelto dentro del silencio en que los presentes asistíamos al mágico incendio provocado por el escritor que en su encarnadura humana, pretendía disimular su genio. Nada de hablar sobre temas muy específicos de la literatura, de altisonante erudición, ni siquiera de los propios triunfos a esa altura consagratorios, Sólo deslizó el principal invitado sus habituales agudezas de que está plagado su anecdotario. Coco Botelli frente al piano tocó su concierto tal vez más memorable, mientras nuestro anfitrión se deleitaba con esa increíble jornada que llevaría al más allá prendida en sus retinas. Borges con su voz insegura y tan clara de pensamiento, nos hizo saber que él también tenía "sus milongas", enterándonos de que su escritura había logrado avanzar en el terreno de expresiones donde sólo el pueblo anónimo se aventura. Y lo expresaba a modo de disculpa. Sentí yo que si para nosotros aquel cuadro era una suerte de lección, Pajarito debería experimentar una sensación connatural a su propio espíritu. Porque al año siguiente, en 1965, este salteño de ademanes tan nobles y circunspectos se encerraría en el caparazón de su serena muerte, tan serena que no habrá cambiado sus gestos y sus más singulares afecciones.

Estaba por otro lado la proyección del hombre en el ambiente ciudadano de sus años finales. No resultaba raro verlo montado a su bicicleta de paseo, enhiesto, atildado, con su alta figura de jovencito que mantenía a pesar de sus muchas edades. O llegando hasta Radio Nacional como sin quererlo, para sacarme un sábado cualquiera a comer unas empanadas que en los alrededores se hacían al horno de barro. Le recuerdo igualmente en otro mediodía -ya

más lejano- en que, en un comedero de la ahora peatonal Alberdi en larga sobremesa en la que alternábamos con Juan Carlos Dávalos y otros concurrentes, se trenzó -él, funcionario de carrera del Banco Provincial- con el chino más letrado del restaurante a ver quien solucionaba, con mayor rapidez, una serie de cálculos aritméticos: estaba en juego su destreza tan ejercitada por su oficio frente a la de su contrincante, con su ábaco deslizando las bolitas movibles por los alambres paralelos. para conseguir el mismo resultado. Y en cada ocasión -todas, por supuesto- en que él arribaba retrasado a la cifra definitiva se iluminaba su sonrisa, cediéndole como acostumbraba los honores a quien había sido el más capaz. No vivía Pajarito para el mañana ni para el pasado, sino en una sucesión de tiempos continuados que todo lo abarcaban, porque en ese presente coincidían los extremos de un vasto espectro. No trataba de saber demasiado tampoco, para que su existencia se fundiera en el remanso de una inquietud constante que tendiese a la felicidad. A la felicidad suya y de cuantos le rodeaban. Entendió muy simplemente que en las cosas inmediatas estaba el placer de ser siempre joven, sin ferocidad, sin que fuese menester que crezcan tentáculos para asir lo inasible. Se conformaba con conocer lo que podía o estaba al alcance de su vista. Lo inaprehensible era inútil porque se escapaba entre los dedos y, en suma, no podía conservarse. Personalmente prefiero la imagen intacta de esta casa y la de este Pajarito Velarde, sin desfiguraciones. Por lo menos así creo entenderlo yo: un mito de carne y hueso.

Limache (Salta), Febrero de 1988.